

Simuladores: impostura, fotogenia y espectros. Roberto Arlt entre el higienismo y la fantasmagoría.

Sebastian Russo.

Cita:

Sebastian Russo (2015). *Simuladores: impostura, fotogenia y espectros. Roberto Arlt entre el higienismo y la fantasmagoría. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/444>

La simulación. Entre la impostura, la mediocridad y la fotogenia.

Una lectura de Ramos Mejía, Ingenieros y Arlt

Por Sebastián Russo

Introducción

La cuestión del doble tiene una larga tradición en el romanticismo del siglo XIX y fue revisada con la aparición del cine hacia fines de ese mismo siglo. De hecho, será el así llamado “expresionismo alemán” el que no solo retomará los tópicos románticos de la fantasmagoría y el sino trágico, sino que explícitamente reescribirá obras como *El Golem*, *Fausto*, que junto a otras como “*El gabinete del Dr Caligari*” –Robert Weine, 1920-, la saga del “*Dr. Mabuse*” –Fritz Lang, de 1922 a 1960- (entre otras) verán aparecer la figura del sonámbulo, el autómatas, como modos duplicadores de la identidad. Modos que claramente expresaban disfunciones no solo de la personalidad individual sino que evidenciaban un riesgo colectivo, por tanto debían ser controlados y separados del cuerpo social. Es sintomático, en este sentido, que las metáforas organicistas provenientes de las ciencias biológicas, que constituyeron las bases de las ciencias sociales, hayan surgido casi en paralelo con el cinematógrafo.

En el contexto nacional, el fin del siglo XIX y comienzo del XX son años de interrogación y constitución identitaria, en lo que Oscar Terán llamará la “querella simbólica por la nacionalidad” (Rinesi, 1997: 118) Dominada por una generación político intelectual vinculada al denominado “liberal positivismo”, integrada desde “la mirada disciplinante de Sarmiento, (a) la codiciosa y conquistadora de Roca, (pasando por) la aterrorizada y reaccionaria de Miguel Cané (autor de la Ley de Residencia)” (*Ibid.*: 110), hasta la mirada científico positivista de Ramos Mejía e Ingenieros. Como dirá Noé Jitrik, en “*El mundo del Ochenta*”¹, “liberalismo y positivismo tiñen a partir de 1880 todos los

¹ Jitrik, Noé (1982) “*El mundo del ochenta*”, CEAL, Bs As. Según cita de Eduardo Rinesi (1997: 104)

gestos que se dan en todos los niveles y constituyen el aglutinante de la experiencia total que se inicia”.

En este contexto particular de la sociología argentina, en el marco de un país consolidándose en tanto Estado nación, y nutriéndose de una inmigración no siempre del todo deseada por las clases dominantes, no estuvieron ajenos a estas problemáticas, y que tuvo en la cuestión de los simuladores (aquellos seres que ocultaban su “verdadera” identidad, volviéndolos inaprehensibles en categorizaciones sociales –policiales, jurídicas, médicas-, y por tanto sospechosos) un eje de debates y consideraciones varias. “La simulación (de hecho) fue una preocupación central de estos nuevos criminólogos (una de cuyas obsesiones era la de) desarrollar un sistema médico-legal de reclusión en asilos psiquiátricos paralelo al sistema de prisiones para delincuentes”, dirá Jorge Salessi, en su libro “Médicos, maleantes y maricas”²

Entre tales nuevas búsquedas categoriales mencionaremos el abordaje al problema de la simulación descrito por José María Ramos Mejía y José Ingenieros, en términos de un concepto científico-sociológico, en contraposición con la interesante torsión que Roberto Arlt dio en relación a la caracterización de aquellos que se veían influenciados y condicionados por el cine y las imágenes publicitarias y que Arlt nombró los *parecidos* y los *fotogénicos*.

Si por un lado Ramos Mejía e Ingenieros entendían a la simulación como “curable” (en su carácter patológico) o “descubierta” (en su carácter delictivo), Roberto Arlt la comprendió no en términos médicos o policiales, sino en clave de denuncia social (no sistemática, sino folletinesca, pendenciera), como el surgimiento de una simulación que incumbe a las formas de la vida en sociedad, una simulación eminentemente condicionada por las imágenes fotográficas, publicitarias, cinematográficas de la época.

² Salessi, Jorge (1995) “Médicos, maleantes y maricas”. Beatriz Viterbo, Buenos Aires. Citado por Rinesi (1997, 99)

Interrogaremos, en suma, las consideraciones y tipificaciones literarias de Arlt (parecidos, fotogénicos) y la conceptualización de la época en torno al cine y las simulaciones, en relación al científicismo higienista de Ramos Mejía e Ingenieros en torno a tal concepto de Simulación, para reflexionar sobre una preocupación central de los primeros años del siglo veinte en la Argentina (y no sólo), que en sus vertientes científicas y literarias se erigió como central para la conformación de una nación en ciernes, sobre todo como modos de intentar lidiar con un nuevo actor social tan potencialmente dispersante, como congregante: la multitud.

La multitud

La cuestión de la *simulación* surge como parte de la interrogación y preocupación de la primera sociología. De algún modo como el síntoma de una problemática central, como es la potencialidad disgregante (político, social, moralmente) que se atribuyó a la emergencia de un reconfigurado actor social, como fue la multitud. Primera sociología que basada en las ideas positivistas-evolutivas de Auguste Comte (en sus “Cursos de Filosofía Positiva”, entre otras de sus obras) entiende a la multitud, a la emergencia de la “masa” en la escena pública/política, como una aparición novedosa la cual debe ser estudiada científicamente, para construir los conjuros necesarios para mantener un statu quo, basado en el ideario del progreso.

Dice en este sentido Eduardo Rinesi que “el surgimiento del fenómeno de la multitud, que la emergencia de las muchedumbres urbanas que acompañaron el proceso de modernización de la ciudad de Buenos Aires como una inquietante presencia siempre amenazante, siempre temida y difícil de definir y de apresar, es el telón de fondo sobre el que hay que considerar el nacimiento y el despliegue de las ciencias sociales positivistas en la Argentina del 900” (Rinesi, 1997:99) Presencia inquietante en esta Buenos Aires de fin de siglo que para Oscar Terán tomará la indefinida, temida forma de un “fantasma”³. Figura que demandará a las ciencias sociales nacionales incipientes a aguzar sus aparatos

³ Terán, Oscar (1987) “Positivismismo y Nación en la Argentina”, Punto Sur, Bs. As. Según cita de Rinesi (1997: 99)

teóricos, a la vez que otorgará el marco de amenaza suficiente para tornarse un problema social urgente, acuciante.

Orden y progreso serán pues las categorías que articularán el disciplinamiento y utilización productiva de las masas: tanto como potenciales agentes de “desorden” social que ponen en riesgo la cohesión social, como mano de obra a docilizar y volver herramienta útil para un proceso de progreso económico. Moral, política y economía, en suma, como la tríada en la que las elites dominantes de fines de siglo XIX y comienzos del XX convergieron en hacer del factor “multitud” su nodo tanto sospechoso y controlable, como utilitario y docilizable.

La multitud puede ser definida, sostendrá Rinesi, como aquello que las ciencias sociales modernas no pueden pensar, aquello que todo el tiempo está huyendo de los marcos teóricos que quieren aprehenderla y detener, en el mismo ademán, toda su inquietante capacidad ins(des)tituyente. De hecho, dirá Rinesi, que “las ciencias sociales pueden ser pensadas –tanto en su nacimiento europeo con Le Bon, Bonald, De Maistre, Durkheim como en sus orígenes rioplatenses con Ramos Mejía y José Ingenieros- como un intento de conjuro frente al fantasma de la multitud” (Rinesi, 1997: 99)

En nuestro país surgen tales voces, que a través de estas interrogativas conjuraciones fundan la sociología argentina, basadas en métodos y categorías provenientes de las ciencias naturales, tal las corrientes dominantes de la época, incluso en ciencias sociales. José María Ramos Mejía y José Ingenieros, así, como sus exponentes más fulgurantes, aunque con sus diferencias, en plan de aportar al estudio de la consolidación social en el marco de la emergencia de tales multitudes, han indagado la característica de la impostura, del ocultamiento, de la duplicidad, pero será la de la simulación la que en estas páginas será trabajada. En tanto impostura de aquellos que: o intentan engañar su interés delictivo, o potencialmente podrían “desviarse” de su rol social determinado, y arrastrar así a otros (y así a la sociedad toda) al camino de la incivilidad, el “salvajismo”, la “barbarie”, la disgregación moral.

Multitudes argentinas

En 1899 Ramos Mejía escribe “Las multitudes argentinas”. Libro que según aclara el autor está orientado a interrogar las bases de sustentación de la tiranía rosista: “para conocer a fondo la Tiranía, es menester estudiar las muchedumbres de donde salió” (Ramos Mejía, 1985: 9). En el mismo Prefacio se expresarán las líneas generales del texto, tanto en términos de la consideración sobre la potencia de la multitud como el modo organicista de su interrogación.

La multitud, dirá, tiene una fisiología “en la que los agentes tóxicos que guarda en su seno, si bien producen acciones nocivas, dejan, a veces, detrás, un beneficio que se aprecia más tarde” (*Ibid.*: 15). Y para enfatizar esto último cita en inglés⁴ a Shakespeare en su Enrique V: “There is some soul of goodness in things evil”. Expresando de este modo una dualidad (destruktiva/productiva) que hace de la multitud, la muchedumbre, una entidad que en su disciplinamiento, parte del cual resulta de la extirpación de “los agentes tóxicos” que viven en ella, se erige como una fuerza productiva, que será fundamental, a la postre, como un “beneficio que se aprecia más tarde”, en la construcción y consolidación de la Nación en estos primeros años del siglo XX, dominada por este ideario, el de la elite gobernante.

Así todo, el desprecio y peligro que Ramos Mejía encontraba en la multitud lo llevó a reaccionar “siempre con repugnancia contra los síntomas masificadores y de hecho democratizadores de la sociedad moderna” (González, 1999: 37) Entendiendo que “el hombre de la multitud descende varios grados en la escala de la civilización” (*Ibid.*: 39), a partir fue el “promotor de insidiosas recetas de control *estatal-nacional* sobre los hijos de inmigrantes... poseedor (además) de las convicciones propias de un dandy de la ciencia” (*Ibid.*: 37)

⁴ Al menos en la edición con la que estamos trabajando (Editorial Biblioteca, 1974) la cita está en inglés sin traducción. No podemos menos que entender este gesto (de ser el del propio RM) como el que está construyendo, condicionando a su lector: lo opuesto al de la multitud que está caracterizando.

De este modo, Ramos Mejía, en *Las multitudes argentinas*, tendrá palabras tajantes en la definición de la multitud, sobre todo en términos de su heterogeneidad e incapacidad crítica. Entenderá de hecho que la multitud es eminentemente fragmentación, y que “no hay más vínculo en ella que uno transitorio”. Siendo lo que la une, circunstancialmente, el “encantamiento del contagio y la sugestión”, la “emoción que provoca automatismo” (Ramos Mejía, 1985, 18)

Términos estos que no pueden dejar de evocarnos las características que Teodor Adorno y Max Horkheimer endilgarán a lo que llamaron la “Industria Cultural”⁵, y que como un cedazo atraviesa todas las producciones culturales (e incluso no sólo) bajo la lógica de la igualación, la homogeneización, propias del mundo mercantil, y que producen un efecto de identificación acrítica, sugestiva y automatizante en los espectadores, que por caso se vuelve la sociedad toda, atravesada por las distintas e infinitas –totalitarias- formas que expresa la Industria Cultural. Ahondará Ramos Mejía en este sentido: “en las personas fotografiadas en muchedumbre... los mismos músculos de la cara funcionan en todos los espectadores al propio tiempo” (*Ibid.*: 20)

Aunque en este libro (“*Las multitudes argentinas*”) más que el impostor, el simulador, será cercano al “mediocre” caracterizado por Ingenieros. A diferencia del simulador el “mediocre” se convierte en *otro* no por una argucia⁶ sino por su propia ignominia, incultura.

En 1904, Ramos Mejía, escribe “Los simuladores de talento”, donde “condena la falsificación de la vida por parte de la imitación chillona” (González, 1999: 40) Es decir del temor a la desorganización política, al de la “descomposición moral”. En este sentido, la simulación será vista como una perversión de la apariencia expresando en ella, claro, la corrupción del espíritu, de la sociedad. “Los signos se ocultan, se mimetiza, trastornan la comprensión del orden, lo desdibujan hasta lo inconcebible pues introducen la nota desesperante de asumirse como orden cuando su verdad es el caos, lo postizo, lo

⁵ Adorno, Theodor y Horkheimer, Max (1988) *Industria cultural*. En *Dialéctica del Iluminismo*. Buenos Aires, *Editorial Sudamericana*.

⁶ Tal sucede, por ejemplo, en el el personaje del film “*El regreso de Martin Guerre*” -1982, Daniel Vigne-

simulado”, dirá Horacio González de la obsesión *ramosmejiana*. Un estado de alerta que debe no solo alertar cultural, sino políticamente, y por tanto debe ser “objeto de estudio” privilegiado de la ciencia. Siendo que tales perturbaciones aparienciales, que llevan a pensar “la desesperación del signo”, llevan a un estado donde “se ha perdido el rastro de toda interpretación” (*Ibid.*: 41) Casi un “out of joint”, un fuera de quicio hamletiano, que debe ser reordenado por el pensamiento científico. De hecho Ramos Mejía cree, en palabras de González, que “hay signos opacos que evidencian dificultosamente un mundo que son alfabetos enloquecidos que la ciencia debería conducir a su interpretación segura, para conocer al fin la naturaleza y al hombre social” (*Ibid.*: 42)

Las interrogaciones que Ramos Mejía insta a realizar desde el pensamiento científico lo sabemos no están exentas de sesgo político. La irrupción de la ola inmigratoria parece ser vista como el arribo y conformación de una nueva “chusma”, tal como Esteban Echeverría se refería a los que habitaban “El Matadero” (1838/40). La masa informe que debe ser controlada, sobre todo por los subterfugios de sus astucias, de sus argucias simuladoras. Argucia que deriva (por asimilación) en una latente, potencial “involución” del ser nacional. Dirá González a propósito: “Los inmigrantes ¿de qué magnitud debía ser su espera evolutiva mientras iban disfrazados de gaucho en carnaval y sorbiendo su caldo en la cena con ruidos torpes sin dejar residuos en la olla, hasta convertirse en el *argentino del futuro*?” (*Ibid.*: 44)

Así, el temor pasa a ser moral, el de un trastocamiento de valores. En “Los simuladores del talento” se lee de hecho: “El concepto se invierte entonces y el talento deja de ser un valor real: la imitación que es más chillona y alegre halaga mucho más el sentido de la muchedumbre que la realidad discreta, y la oleografía triunfa sobre el cuadro de óleo” (*Ibid.*: 47) La tragedia moral se consuma pues ante una evidencia traumática, que “el verdadero corazón de la obra de Ramos Mejía: su fuerza consiste en que deja surcar la duda de si el único talento es finalmente el del simulador, pues la máscara o la imitación habría reemplazado una materia original, para siempre disipada” (*Ibid.*: 47)

Indagaremos a continuación a otro autor fundamental de este comienzo de siglo argentino y sus corrientes positivistas. Hablamos, claro, de José Ingenieros. Autor del que mencionaremos dos de sus obras fundamentales: “El hombre mediocre” -1913- y “La simulación en la lucha por la vida” –1903-. Y sostendremos, en relación de los vínculos estrechos con la obra de Ramos Mejía, que “El hombre mediocre” es a “La simulación en la lucha por la vida” en Ingenieros, lo que “Las multitudes argentinas” es a “Los simuladores de talento” en Ramos Mejía. Es decir de una reflexión sobre la multitud (veremos con matices diferenciales según cada autor) a una de sus características, la simulación.

Hombres mediocres

Dardo Scavino, en su libro “Rebeldes y confabulados. Narraciones de la política argentina” (2012), sostendrá que si bien “El hombre mediocre” emerge como una personificación del *hombre de las multitudes* de Ramos Mejía (y Gustav Le Bon), el caracterizado por Ingenieros es un cordero que formando parte de un rebaño termina conservando el orden (Scavino, 2012: 31), a diferencia de la posibilidad de verlo como parte de una “jauría feroz”, una “turba sediciosa que altera el orden social y derroca gobiernos”, tal la concepción de Ramos Mejía (*Ibid.*: 31)

Un “cordero” no por ello menos repudiable y temible, más que por virulencia explícita, por su contagio de mediocridad y entorpecimiento del progreso, tal el ideario de estos autores, pero presente en las preocupaciones de la época. De hecho la figura del cordero aparecerá explícita e implícitamente en varios films paradigmáticos del período Y vinculado a una preocupación y caracterización de época, incluso cinematográficamente. Se recordarán films como “Tiempos modernos” (Charles Chaplin, 1936) donde de hecho la primera escena en donde se representa a los trabajadores saliendo de la boca de un subterráneo transfigurados en ovejas que juntas, apelotonadas, indiferenciadas, sin gesto alguno de una propia voluntad subjetiva de acción. Aunque también Metropolis (Fritz Lang, 1927) donde la “maquina” que hace funcionar a la ciudad toda, el Moloch, es no solo operada por una masa informe de hombre grises que se

mueven de modo inercial, disciplinado y sumiso, sino que ante una crisis es alimentada por hombres del mismo grado de indiferenciación. Es de hecho el hijo del dueño/empresario del Moloch, desde una individualidad –iluminada, conciente, tal el “hombre idealista”, como veremos, de Ingenieros- que incluso lo lleva a intentar salvar a otra individualidad que representa cierto modo de reivindicación de la masa oprimida, el que descubre con sorpresa todo ese submundo, singularmente expresado como una estructura subterránea sobre la que se yergue la ciudad toda. Hay en efecto en Metropolis una clara caracterización escindida entre multitud e individuo, otorgando a aquella la incapacidad de acción, incapacidad incluso de transformarse en “jauría feroz”, solo plausible al individuo.

Dirá de hecho Scavino en el mismo capítulo que interroga la obra de Ingenieros, que será una “cabeza” (individual, mesiánica) la que “llevó a los expresionistas alemanes imaginarla como una maquina telepática, un hipnotizador monstruoso capaz de sugestionar, a través de mecanismos de reproducción de voces y de imágenes, a las muchedumbres sonámbulas, alucinadas o magnetizadas” (Scavino, 2012: 29) Tesis que comparte las preocupaciones de Sigfried Kracauer en su famoso libro “De Caligari a Hitler”⁷, en el cual construyó un puente entre las caracterización que el así llamado “expresionismo alemán” (con películas como la mencionada “Metropolis”, “El gabinete del Dr Caligari” -1920- de Robert Weine, o “El doctor Mabuse” -1922- del propio Lang) y el ascenso al poder de Adolf Hitler, bajo una misma caracterización de una masa/rebaño.

“El hombre mediocre” es una obra cumbre del pensamiento evolucionista-positivista argentino. Donde el encumbramiento de la ciencia, la máquina, como recomponedores morales, en vínculo con una Naturaleza que se expresa como “ordenadora neutral” y “natural” del mundo de los hombres. Así podrán leerse en sus primeras páginas frases como las siguientes: “la vida tiende naturalmente a perfeccionarse” (Ingenieros, 2008: 9), “Lo futuro es lo mejor de lo presente, puesto que sobreviene en la selección natural: los ideales son un *elán* hacia lo mejor” (*Ibid.*: 9). Un

⁷ Kracauer, Sigfried (1995) *De Caligari a Hitler*. Editorial Paidós, Buenos Aires.

pensamiento que así se construirá bajo una distinción irreductible: la de dos “mundos morales, dos razas, dos temperamentos: sombras y hombres”; “entre el servilismo y la dignidad, la torpeza y el genio... entre mediocres e idealistas” (*Ibid.*: 15) Dedicando Ingenieros de hecho largas páginas a construir esta distinción basado precisamente entre aquellos que se erigen en su individualidad y aquellos que se difuminan en la masa. Dirá de hecho que son la imaginación junto a la experiencia, dos valores fundamentales para el hombre *idealista*, considerado este en términos de una característica cualitativa, capaz de distinguir entre la mejor o peor opción, algo que el *hombre mediocre* es incapaz, apenas dado a una distinción cuantitativa, que le imprime un ideal utilitario, de cálculo, además de apáticamente encarnar lo opuesto a la imaginación, como es, para Ingenieros, la imitación (sustrato fundamental, veremos, para la práctica de la simulación)

Luego de un primer capítulo entronizador del “hombre idealista” (o directamente del Hombre, a diferencia de la Sombra, tal como remarca incluso con unas mayúsculas que pretender construir conceptos) dedicará todo su libro a las distintas formas de mediocridad, pero no como un simple afán clasificatorio sino encumbrando al idealista, como modo de construir una suerte de sustrato científico-moral, base para el anhelado afán de progreso. (“predispuesto a emanciparse de su rebaño, buscando alguna perfección más allá de lo actual” -*Ibid.*: 15-), idealista que el mismo Ingenieros parece pretender encarnar.

Las formas de la mediocridad tendrán una figura paradigmática, la del hombre-sombra. El que ni siquiera tiene apariencia de ser hombre, sino que directamente su presencia es la de una presencia/ausencia, la de una sombra, un fantasma. Caracterizado en oposición al Hombre, aquel que es la expresión de la diferencia, la excepción, la independencia, la conformación de una *propia* personalidad. “Todo idealista es una viviente afirmación del individualismo... la afirmación de un *yo sé quién soy*... (que) puede vivir para los demás, (pero) nunca de los demás” (*Ibid.*: 17) Lo contrario a esto, es decir los hombres devenidos en sombras que “componen el subsuelo social... en donde se amalgaman los individuos, (así) decapitados”.

Vemos aquí una consideración en torno a la multitud, en tanto una suerte de ejército de sombras. Ejército que se adapta a lo que las *fuerzas conservadoras* pretenden (amalgamar a los individuos) Un ejército constituido por estas mismas *fuerzas*, que en esta misma consideración *energética* forman parte de un ideario anímico-metafísico, de fuerzas (del mal y del bien) que animan y conforman las tramas político culturales. La multitud entonces como un ejército de decapitados, hombres-sombras, que “obedecen a las *sugestiones colectivas* o al *contagio imitativo* y se ponen a pensar *con la cabeza de la sociedad* en vez de hacerlo con las suyas propias” (Scavino, 2012: 29 –las bastardillas refieren a citas del propio Ingenieros-) Será como dijimos la *imitación* el puente (fatídico) para la simulación, tal se expresara ya en “La simulación en la lucha por la vida”, un libro diez años anterior a “El hombre mediocre” y que a continuación indagaremos.

Pero ante de proseguir, notemos un matiz a destacar: la tarea del Hombre es la de desafiar sus odios, aun sabiéndolos “terribles, por irresponsables”, anidando en sus ideales tanto su “ventura suprema” como “su perpetua desdicha... dada por el desprecio, el aislamiento, la misantropía... que puede tener destino de “la clásica torre de marfil”. La aparición de la desdicha ante la “iluminación” del que intenta erigirse hombre singular en medio de las sombras, en medio de la masa, otorga un carácter trágico que parece ausente del hegemónico espíritu del ideario animoso positivista de Ingenieros.

Simulación en la lucha por la vida

“La simulación en la lucha por la vida”, fue escrito por José Ingenieros como introducción a su tesis “Simulación de la locura” (1903), y como parte de sus estudios en medicina. Un texto en el que intenta plasmar vínculos de semejanza entre los fenómenos sociales y los biológicos, tras el principal objetivo de detectar la simulación de la locura por parte de delincuentes. Dentro de un ideario de época común, Ingenieros basa su trabajo en la teoría organicista de Herbert Spencer y la teoría evolucionista de Charles Darwin: “Darwin –presente siempre en nuestro espíritu estudioso- nos dio la explicación del hecho. Ese disfraz servía al animal para escapar a las miradas peligrosas de sus enemigos; la simulación resultaba para él un medio simple y excelente de lucha por la

vida. La explicación nos satisfizo” (Ingenieros, 1957: 11). De este modo, desde lo que luego se dará llamar “darwinismo social”, en búsqueda de “patologías sociales”, de “degeneraciones humanas”, sobre todo en las “problemáticas del delito y la locura”, y haciendo foco en la figura del “alienado criminal”, Ingenieros construye una interrogación psico-socio-patológica a las interrogaciones de su tiempo (que tienen, dirá, al “determinismo y evolución, como verdades fundamentales”), como singular y heterodoxa, entremezclando citas de científicos positivistas con referencias literarias al Ulises de Homero en tanto “arquetipo de los simuladores”, versos de la Divina Comedia del Dante Alighieri y a Moliere, entre otros.

Fiel al ideario que encarna, la cuestión metodológica le demandará un singular rigor y una pretendida sistematización. De hecho el método para detectar la “legión de fronterizos y alienados” simuladores, tal la lógica predominante de las ciencias biológicas, se propone eminentemente observacional, basado en el método inductivo. Yendo de la Simulación como fenómeno general, a sus manifestaciones en el mundo biológico, y en la vida humana, a la simulación de los estados patológicos, la simulación de la locura en general, hasta llegar a la simulación de la locura en los delincuentes. De este modo, las ciencias sociales aquí invocadas y prefiguradas, adoptan una estricta lógica organicista cuyos objetivos epistemológico-políticos son los de la detección de las anomalías que pongan en peligro al cuerpo orgánico. Ingenieros hará de tal igualación (entre las ciencias biológicas y sociales de la época) una suerte de credo también narrativo-literario: “Entre el gusano simulador de su cuerpo bajo un copo de algodón⁸ y el delincuente disimulador de su responsabilidad jurídica tras una enfermedad mental, debía lógicamente existir un vínculo: ambos disfrazábanse para defenderse de sus enemigos, siendo la simulación un recurso defensivo en la lucha por la vida” (*Ibid.*:11)

Frase en la que podemos leer, además de la concepción darwinista de la adaptación (supervivencia) del organismo a las condiciones del ambiente en el marco de

⁸ La metáfora del gusano también aparece en *El hombre mediocre* (1913) pero como una positividad, de aquel que se aparta de la sociedad para encontrar su singularidad. He aquí donde sus ideas se entrecruzan, siendo que lo que critica (la simulación) parecería condición necesaria (en el distanciamiento de la vida social, que puede leerse como transfiguración –parecer, devenir otro, otra figura /siendo que somos eso, figuras/-) para la configuración personal, individual, no masiva, no mediocre.

una lucha por la vida (“donde hay vida, hay lucha por la vida”, *-Ibid.:30-*), también la evidencia de un método eminentemente observacional, basado en las apariencias, los “disfraces”, en lo que se deja ver, lo que se esconde, en suma, en la construcción *visual* de la propia identidad. De allí la pretendida sofisticación de una ciencia que debe detectar los “transformismos sociales” (que se pensarán semejantes a los biológicos) de aquellos que “falsean”, transforman, simulan su imagen⁹.

En el marco por especificar el fenómeno de la simulación, sobre todo en “la lucha por la vida”, Ingenieros construye una sistematización diferenciada de términos cercanos y una posible definición de la simulación. La definirá como “arte usada como astucia a fin de mostrar, en los actos y en las palabras, todo lo contrario de lo que se tiene en el espíritu” (*Ibid.: 24*); y que si bien todos (buenos y malos) se ven obligados a simular, lo harán más los “malos”. Evidenciando tanto el carácter moral que su tarea científica tiene, como la peligrosidad (para la comunidad, la de los hombres buenos) tiene tal acto. En relación a la sistematización terminológica dirá Ingenieros, que “si bien la simulación y la mentira son ramas nacidas del tronco común del engaño, de la astucia... sus manifestaciones pueden diferenciarse” (*Ibid.: 22*) Por un lado, la mentira dirá que es una forma de fraude, exteriorizado mediante el lenguaje: “la mentira se dice, no se hace”. Por otro, la simulación y la imitación parecerían tener más que ver con una disposición corporal, actitudinal. Vinculadas y sostenidas por el lenguaje, pero extendidas (y por ende volviéndose más efectivas, interiorizables) a los gestos, al *hacer* del cuerpo. De allí por supuesto su mayor “peligrosidad”.

En términos de distinguir incluso la simulación de la imitación, dirá que ésta es así todo una “emulación real de un acto”, mientras que aquella por el contrario es una forma de engaño, de astucia. Para ejemplificar tal distinción apelará a Shakespeare: “El actor que desempeña en escena un papel homicida –Otelo, pongamos por caso- no imita a Otelo, pues ello significaría dar muerte a la actriz que hace de Desdémona; el actor simula matar. Solo si matara de verdad sería imitador del personaje que representa; el que imita una acción ajena, buena o mala, no simula, no aparenta hacerla; la hace en

⁹ Como parte de las mismas preocupaciones de época recordemos la obra de teatro “Los invertidos” -1914- que escribiera José González Castillo.

realidad... (Ésta es) la diferencia entre imitación y simulación, entre el hecho real de la una y la simple apariencia de la otra” (*Ibid.*:22)

Es de destacar en este sentido la alusión a una obra de teatro. Tanto por acercar de este modo el simulador a un actor, a una representación artística, con sus propias lógicas incluso estéticas, de un pathos empático. Como por la alusión a la apariencia, que en la tradición platónica se expresa como “lo otro” a la Verdad, y por tanto, alejados varios grados de la Idea a través de las representaciones, un elemento reprobable, expulsable de la comunidad. Algo de ese ideario retorna aquí, en el encumbramiento del método científico observacional, ya no en manos de los filósofos sino de los científicos. En la desestimación del arte representacional como ámbito del subterfugio y la mentira, cuando se extiende fuera de escena a la vida social. Contrapartida ratificatoria de la caracterización del hombre idealista como aquel que por medio de una afirmación del yo, no imitativa, puede construir una identidad “genuina”.

Más allá de tal distinción y detección del engaño, el fraude, de aquellos que se hacen pasar por otros, y en su afán clasificatorio, encontrará, constituirá, Ingenieros múltiples formas de simulación. De las “Formas colectivas de lucha y simulación (humanas, étnicas, nacionales, de clase, de sexo, de grupos, profesionales, etc.)” a las “Formas individuales de lucha y simulación (niños, burócratas, escritores, periodistas, propagandistas, mujeres, sablistas, comerciantes, delincuentes, parásitos sociales, etc.)” Tales los agrupamientos que realiza, que en su singularidad y casi imposibilidad de distinción categorial, nos recuerdan a la enciclopedia china citada por Jorge Luis Borges en “El idioma de John Wilkins”. Y que Michel Foucault citó para dar comienzo a “Las palabras y las cosas” -1966-. Libro que, giro lingüístico mediante, de hecho se ocupará de las formas de la construcción del “esto”, del nosotros, naturalizado ante el hegemónico e ideológico intento por caracterizar al otro. En estas heterodoxas grupalidades conceptuales propuestas por Ingenieros podemos apreciar una no menos laxa ampliación del criterio de simulación, tanto a la cuestión de clase, como de género. Es decir formas de construcción social, identitaria, que excede su interés específico de detección de delincuentes, para elaborar de este modo una suerte de grandilocuente y con pretensiones

de exhaustividad Atlas tipológico-sociológico. Noción de Atlas que nos recuerda tanto al Atlas Mnemosyne de Aby Warburg realizado a comienzo de siglo XX, como al del fotógrafo alemán Auguste Sander, y su trabajo “Hombres del siglo XX” (expuesto en 1929), señalado de tal modo (“más que un libro de fotografías es un atlas que ejercita”) por Walter Benjamin en su “Breve historia de la fotografía” -1931-. Y claro, a los “tipos ideales” de uno de los *padres de la sociología*, Max Weber. Como parte en suma y con sus bemoles de un ideario de época clasificadorio, organicista.

La simulación de clase, por caso, la vincula directamente a las interrogaciones de Karl Marx y su definición de Ideología. Es decir, en hacer pasar por intereses generales (del “pueblo”) los intereses particulares (de las elites) (Ingenieros, 1957: 50-51). Incluso abordará la cuestión de las formas de la moda y la apariencia social, sosteniendo que cuando “la naturaleza ha sido avara de atributos (como la estatura, el firme busto, la cadera torneada, el frescor juvenil, la mejilla rosada, la dentadura armoniosa, el labio vivo, la pupila brillante), o cuando la edad empieza a borrarlos, todos ellos son simulados por las mujeres con el vestido, el calzado, las pelucas, los mil afeites y composiciones que disimulan la imperfección y la vejez” (*Ibid.*: 53) Una afirmación que se emparenta a la que hace sobre el “amor femenino”, del cual dirá que “no falta quien afirme que el amor femenino en todas sus manifestaciones es una persistente simulación” - *Ibid.*: 52-, en un tono no solo poco científicista, sino (y por ello) el que años más tarde tomará Roberto Arlt, y no solo temáticamente. En esa suerte de construcción de tipos sociales que también hará Arlt, aunque sin pretensión científica alguna, claro está, sobre todo en sus conocidas “Aguafuertes porteñas”: el que se tira a muerto, el parecido, el hombre corcho, el fotogénico- sino en el estilo provocador y juguetón.

En este sentido, y en la aguafuerte “El cine en los pequeños pueblitos”¹⁰, Arlt también, como Ingenieros, considera a las mujeres como más “dadas” a la simulación. Aunque ya no como argucia, ni como temible, sedicioso y reprimible simulador ramosmejiano, sino una transmutación trágica, por fuera de la voluntad, un devenir que parece anidarse inadvertidamente en el alma de aquella cándida damisela de pequeño

¹⁰ Publicada el 30 de agosto de 1933. Compilada en Arlt, Roberto (1996) *Notas sobre el cinematógrafo*. Editorial Simurg, Buenos Aires.

pueblito. Que en la gran ciudad tendrá otro cariz, veremos más adelante, pero el mismo signo de vidas que incorporan en modo de acción, de “actuación”, condicionada, moldeada en este caso por el cine, la fotografía. Es decir, simuladores que a diferencia de los caracterizados por los positivistas argentinos reseñados, introyectan el gesto del otro, doble cinematográfico, volviéndose fantasmas, de un universo novedoso de pantallas que ni Ramos Mejía ni Ingenieros vieron, pero que de algún modo estaba prefigurado en sus interrogaciones, en la pregunta por la apariencia y la simulación.

Femme fatale

Escribirá Roberto Arlt en la aguafuerte anteriormente mencionada: “Un habitante de Buenos Aires no puede imaginarse lo terrible que debe ser la sanción, el juicio de la gente, acerca de una conducta que no fuera aparentemente moral”. Para rematar diciendo que “la vida en estas poblaciones de provincias, controladas hasta la nimiedad por la opinión ajena, debe ser sencillamente infernal por la carencia absoluta de libertad”.

Veremos que las preocupaciones morales (centrales en Ramos Mejía e Ingenieros) ocuparán los intereses de Arlt, sobre todo en relación a las imposturas de aquello que en las ciudades pretenden pasar por otros, sea para reforzar una identidad, sea para incurrir en el mero engaño, modos que el tipo de ciudad que sea influirá determinadamente. Preocupaciones que así todo no pasarán del comentario impresionista, literario, a los sumo pendenciero, nunca científicista, ni de pretensiones políticas mayores, en relación al orden o desorden social, propias de un escritor-cronista atento a las formas de la vida citadina, a las sensibilidades oprimidas, a las personalidades enrevesadas, en el marco de una modernidad que se expresaba tan apoteótica, triunfante a través de sus máquinas, como hundida en la primera crisis profunda y extendida del capitalismo, como lo será la llamada depresión de los años 30.

Arlt, de este modo, entablando un vínculo sintomático entre urbanidad, maquinización, libertad y opresión, como condicionantes de la experiencia del sujeto moderno, encontrará en el cine, incluso en la fotografía del afiche de alguna película,

formas de romper el cerco de una mentada *falta de libertad*, lejos de la gran urbe. Constituyendo tales dispositivos visuales al menos una posibilidad de discusión, de torsión para con preceptos morales instituidos e instituyentes. Aunque irá un poco más allá, y los entenderá también como una suerte de “diablo tentador”, al exhibir “las audacias y diversiones sentimentales de las remotas ciudades”. Y agrega, “aquí se reproduce el suplicio de Tántalo: satisfacciones tanto más ansiadas cuanto menos posibles es obtenerlas”. Así a las “vidas sedientas” propias de la monotonía y la falta de libertad de los pequeños pueblitos (pero no solo), el cine agrega, cual demonio, “la temperatura de su rico trópico de sombras, sin calmar la sed” (Arlt, 1997: 110-1)

Ahí este carácter fatídico, trágico, que Arlt ve en el cine, en la fotografía. Una tragicidad, dirá, de sesgo libertario, hasta “revolucionario”¹¹. Algo se ha sembrado y no tiene forma de revertirse, posibilitando darlo vuelta todo, sobre todo la propia identidad, constituyendo una sombra fantasmal, un devenir “otro”. Lo leemos: “El cine está creando las modalidades de una nueva psicología. ¿Qué resultado tendrá ello? No lo sé, pero abrigo la seguridad que son numerosas las muchachas que una tarde de domingo, en una de estas ciudades de provincia, al salir del cine se dicen: No, así no se puede seguir viviendo. Hay que tratar de resolver esto” (Arlt, 1997: 111)

Aparece así, en Arlt, la problemática de la simulación en relación dialéctica entre la libertad y su contrapartida, la opresión, el control, la de la mirada juzgadora. Y entendiéndolo al menos en esta aguafuerte que la imagen cumpliría un rol importante para romper este cerco, construyendo una suerte de síntesis fantasmal. La imagen, que a su vez sortearía las barreras de la inteligibilidad siendo que la intelectualidad (él la llama “imaginación cultivada”) en estos pueblitos no estaría desarrollada¹².

Imágenes -fotográficas y cinematográficas- que se contrapondrían, o actuarían como espectral contrapeso, al registro de visibilidad opresiva: el constituido por esos

¹¹ Entendiéndolo al cine, según las palabras de Patricio Fontana, como “punto de partida para una rebelión imprecisa, pero posible” (Fontana, 2010: 65)

¹² También en Georg Simmel aparecen reflexiones sobre “la matriz intelectualista de la vida anímica urbana”, que significará una “disminución de los sentimientos y su reemplazo por el entendimiento del cálculo” (Vernik, 2009: 41)

“cincuenta pares de ojos” por los cuales “no se puede dar ni un paso sin que ser visto”, en la gran ciudad. Una vida, la de los “pueblitos”, en este caso esclavizada por la mirada de los otros. Una carencia de libertad, puesta en términos de una individualidad impedida de ser constituida por fuera de los cánones (morales, estéticos) prefijados por esos mismos ojos, configurando una potencial escapatoria apariencial.

Dice, “el cine está realizando una tarea revolucionaria en estos pueblitos atrasados” –Arlt, 1997: 109-. Poniendo como signo del atraso la escasa venta de libros, y en ese sentido, entendiendo que el espectáculo cinematográfico, que a diferencia de la lectura no requiere de un “imaginación cultivada”, ve al cine en ese papel revolucionador de conciencias, abriendo el paso a “ser otro”. Una individualidad que debe negociar asfixiante con una comunidad que sanciona férreamente lo que cambia, lo que la pone en riesgo. Lo que se activa en este pasaje es un procedimiento de individuación.

Una libertad, que así mismo, no deja de ser una mistificación. Veremos a continuación otro modo de simulación, el propio de las grandes urbes, pero que del mismo modo, en ese “crear modalidades de una nueva psicología”, modelan conciencias, cuerpos, que fingirán posturas que el *Star System* propagará como marcas de –una-fábrica.

Parecidos y fotogénicos

Como vimos, Ingenieros y en menor grado Ramos Mejía, pero este como predecesor de aquel, elabora una caracterización y clasificación acerca de aquellos que permiten eludir controles institucionales, construyendo un doble de sí mismo, aparentando ser otros, simulando.

Habría pues en Arlt otra consideración, tajante, no científicista como la de Ingenieros pero igual de descalificadora, la del señalamiento de unos especímenes que particularmente surgen en la ciudad, que él llama “fotogénicos”, y que también llevarían

delante, aunque de modo inconsciente inducidos no solo por el cine sino también por su propia *fiaca*, el arte de la simulación.

O sea, fuera de los “pueblitos”, es decir en la gran urbe, en Buenos Aires, Arlt critica el papel del cine como una máquina –de ver- que condiciona actitudes, modela subjetividad. Y lo hace desde estos sujetos, lo fotogénicos, a los que considera “nuevo escalafón de vagos”, aunque también desde otros, a los que llamará, los “parecidos”. En ellos, se da de modo paradigmático y radical (porque este proceso de simulaciones, es extendido, hegemónico), lo que dirá en su novela *Los Siete Locos*: “... la vida adquiriría ese aspecto cinematográfico que siempre había perseguido” –Fontana, 2010: 83-.

Así, en Arlt, esta alteración de la experiencia, en particular por el cinematógrafo, toma un carácter dual¹³. Por un lado, como se dijo, “revolucionando prejuicios morales pequeño burgueses” –Fontana, 2010: 63-, y por el otro (cuando habla de las grandes urbes) alienando, “desviando”; por un lado ampliando fronteras, *modernizándolas*, y por el otro propiciando la “tilinguería” y la “fiaca”. Libertades y *patologías* (la del fotogénico para Arlt, pero también la del simulador para Ingenieros), asociadas indisociablemente a la vida en las grandes urbes. Así todo, actuando -el cine- siempre como propiciador de dobles, de modelos, condición de posibilidad actitudinal de nuevos/otros pensamientos y prácticas. Generando tipo ideales de conducta, un cuerpo trabajado por el cinematógrafo.

Y el cine, en suma, como paradigmática e inefable máquina modeladora de experiencia (o sea de cuerpos, mentes), de sociedad (esa, que adquiere el “aspecto deseado, el cinematográfico”), bajo la égida de la inversión, de la apariencia.

La fascinación por los parecidos, por las semejanzas, seduce a Arlt. Lo seduce a la vez que espanta (o mejor, lo seduce porque le espanta, tal su rol de fustigador, de cronista-interpretador de su tiempo): dirá, “el cine, un mundo descaracterizado, sin lugar

¹³ También con un carácter dual entiende Simmel el efecto de la Ciudad en los sujetos, por un lado permitiendo superar la vigilancia propia de las ciudades pequeñas, por el otro, conformando una resistencia “a ser nivelado y consumido en un mecanismo técnico-social” (Vernik, 2009, 40)

para la singularidad, compuesto por hombres que *se parecen a* y por mujeres *impersonales y descoloridas*” (Fontana, 2010, 36)

Corolario

Hemos visto como en Ramos Mejía y en Ingenieros, el carácter de engaño, de astucia, parece ser predominante. Temible para el primero, mediocrizante para el segundo. Y que si bien en ambos casos la intención fue la de a través de la ciencia positiva delinear políticas públicas, su proyecto escritural, sus descripciones muchas veces dejan las ropas de la rigurosidad científica, para delinear observaciones vivenciales, casi aguafuertes, de la vida cotidiana. He allí donde sus proyectos intelectuales se entrelazan con toda una tradición que legará y que tendrá sus epígonos en Ezequiel Martínez Estrada y su “La cabeza de Goliath” (1940), Scalabrini Ortiz en “El hombre que está solo y espera” (1933), y claro, Roberto Arlt, sobre todo el de las “Aguafuertes porteñas” (reunión de artículos del 1928 al 1933). El que como vimos problematiza la figura del simulador pero bajo la égida de una naturalización e introyección de tal acto de “engaño” volviéndose característica de la vida citadina, incluso, de supervivencia. Configuraciones en suma, todas, del hombre, la mujer ante la ciudad, una ciudad creciendo, y con ellas, sus *perversiones*, sus modos de *luchar por la vida*, la neurasténica vida en las grandes ciudades. En ese sentido no podemos dejar de mencionar al alemán Georges Simmel, como un tipo de sociólogo que en aquellos mismo años también dado a la escritura, reflexiva, de y desde la crónica vivencial, que aunque Ingenieros intente erigirse como científico, también lo es.

Por último, diremos que la caracterización de la simulación en las sociedades modernas tendrá en años posteriores a los aquí interrogados apreciaciones que si bien se distinguen en su intencionalidad tienen una raíz crítica común. En tal sentido, nos resulta de interés pensar la deriva de la reflexión en torno al “parecido”, y por tal razón será Guy Debord que escribiendo 30 años luego de Arlt, en su famoso libro-manifiesto *La sociedad del espectáculo* (1967), hará particular foco en la de idea de *inversión* de la vida por el espectáculo, de la vida real por la vida aparente, concepto que estructura teórica,

filosófica(moral)mente su obra cumbre, y el que Arlt décadas antes ya prefiguraba. La vida en tanto aspecto, apariencia espectacularizada, vuelta espectáculo, dirá el francés: “el espectáculo –de hecho- es la afirmación de la apariencia y la afirmación de toda vida humana... todo lo que era vivido directamente se aparta como espectáculo... evidenciando el *monopolio de la apariencia*” (Debord, 2012, 26)

La simulación, sería el reino de la apariencia (aquella misma, criticada por Ingenieros). Y es precisamente la apariencia lo que marcaría el ethos de la sociedad del espectáculo. En la inversión del *ser* y el *tener* al *aparentar*, *parecer*, en tanto el “deslizamiento espectacularizado –del ser al parecer- de la fase presente de la ocupación total de la vida social por los resultados acumulados de la economía” (Debord, 2012, 27), ve Guy Debord, la introyección del capitalismo en la subjetividad del sujeto contemporáneo (siendo incluso su texto de los años 60). Por tanto, la simulación, la vida de la apariencia, sería a su vez la faceta más acabada en tanto constituidora de identidad, de la alienación, de la enajenación contemporánea. Proceso que, claro, se enmarca en la introducción de la lógica de la mercancía en el marco de la cultura, y que ha sido indagado (y largamente comentado) por la obra de los distintos intelectuales de la escuela de Frankfurt.

Junio, 2015

Bibliografía utilizada

- Arlt, Roberto (1997) *Notas sobre el cinematógrafo*. Editorial Simurg, Buenos Aires.
- Debord, Guy (2012) *La sociedad del espectáculo*. Editorial La marca, Buenos Aires.
- Fontana, Patricio (2010) *Arlt va al cine*. Librería. Buenos Aires.
- Gonzalez, Horacio (1999) *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*. Editorial Colihue, Buenos Aires

- Ingenieros, José (1957) *La simulación en la lucha por la vida*. Elmer Editor, Buenos Aires.
- Ingenieros, José (2008) *El hombre mediocre*. Editorial Beeme, Buenos Aires.
- Ramos Mejía, José María (1955) *Los simuladores del talento*. Editorial Tor, Buenos Aires.
- Ramos Mejía, José María (1974) *Las multitudes argentinas*. Editorial Biblioteca, Buenos Aires.
- Rinesi, Eduardo (1997) *Las formas del orden*, en *La nación subrepticia*. El astillero, Buenos Aires.
- Scavino, Dardo (2012) *La rebelión de las masas*, en *Rebeldes y confabulados*. Eterna Cadencia. Buenos Aires.
- Vernik, Esteban (2009) *Simmel. Una introducción*. Editorial Quadrata, Buenos Aires

Bibliografía de referencia

- Adorno, Theodor y Horkheimer, Max (1988) *Industria cultural*. En *Dialéctica del Iluminismo*. Buenos Aires, *Editorial Sudamericana*.
- Jitrik, Noé (1982) "El mundo del ochenta", CEAL, Bs As.
- Kracauer, Sigfried (1995) *De Caligari a Hitler*. Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Salessi, Jorge (1995) "Médicos, maleantes y maricas". Beatriz Viterbo, Buenos Aires.
- Terán, Oscar (1987) "Positivismo y Nación en la Argentina", Punto Sur, Bs. As.